

ARMANDO ULLOA

Yo no sé si ustedes conocieron a Armando Ulloa. Es muy posible que no le hayan conocido. Era profesor de Estado, poeta, escritor y, sobre todo, un hombre de pies a cabeza. Pocos seres llevaban menos presente en su interior el signo secreto de la Muerte que Armando Ulloa. Y no porque fuera ruidoso, detonante, espectacular y se irguiera en la vida en la actitud faústica de quien devora un racimo de uvas. No; todo al contrario, Armando era un hombre sereno, dulce, suave; sabía pastorear sus dolores en las más recónditas cañadas del alma y la más atroz tortura no le habría arrancado más de un pálida sonrisa a sus labios finos. Armando Ulloa era un espectador de la vida y ningún acontecimiento logró "quebrar la línea", impecable, fervorosa, de este muchacho delicado y elegante, que supo vivir en ritmo desde el verso y el amor hasta las más prosaicas realidades de la vida. Toda su existencia no fué sino un desgranarse de minutos armónicos, lentos, saboreados. Era un pagano y, a la vez, un sacerdote. Se dió todo a la vida, sin vacilaciones, sin apresuramientos tampoco, sin dejar nunca una sonrisa delgada que caía como una hoja desde sus labios y que era como la definición de toda su actitud ante la existencia. Armando Ulloa supo soñar y amar intensamente y, a la vez, cumplir como bueno sus deberes "de hombre y de ciudadano", si por eso entendemos al individuo leal, laborioso, esforzado, que se abre paso en la vida, levemente, como no queriendo hacer sentir una superioridad innegable.

Ulloa fué un magnífico profesor. Estudiaba con ahinco. Ponía amor en la preparación de sus clases. Poseía esa llave mágica que abre el corazón de los niños, y yo sé de muchos adolescentes que, desde los bancos del Instituto Nacional, le deben a Ulloa algo más que los verbos irregulares y *Le Roman de la Rose*, ese algo que nos asoma a la vida con algún olfato de sus doble-fondos y sus miserias y nos hace, en todo momento, comportarnos con nobleza, con caballerosidad. Ulloa, como poeta, fué una de las revelaciones de esa generación lírica que formaron Gómez Rojas, Mesa Fuentes, Torres Riosco, etc. Su verso era rural, oloroso a campo, a tarde leda, a viento mañanero; había allí pinos, senderitos, corderos albos, esquilas sonando en el crepúsculo. Era un verso igual a él: flúido, cantarino, armonioso, destilado del corazón así como la miel de los panales, en un silencioso y perfecto trabajo interior.

Ahora, de repente, Armando Ulloa, antes de los treinta años, parte para siempre. Yo escribo esto y, sin embargo, internamente, no lo creo. Hombres así no desaparecen tan brutalmente de la vida. Si se van, lo hacen como un cirio al apagarse. Por eso yo, durante mucho tiempo, tendré la esperanza de topar otra vez con la correcta, la elegante silueta de Armando Ulloa y poder, otra vez, admirar al poeta, al profesor y al gentleman.

JUAN BABEL.